

tantino al obispo Eusebio de Cesárea para regalarlo a las Igle-

ΕΝΤΩ ΚΑΙ ΡΩΕ ΚΕΙΝΩ,
ΛΕΓΩΝ ΔΙΑΚΟΥΕΤΕ ΑΝΑ
ΜΕΣΟΝ ΤΩΝ ΑΔΕΛΦΩΝ
ΥΜΩΝ ΚΑΙ ΚΡΕΙΝΑΤΕ ΔΙΚΑ
ΩΣ ΑΝ ΑΜΕΣΟΝ ΑΝΔΡΟΣ
ΚΑΙ ΑΝ ΑΜΕΣΟΝ ΑΔΕΛΦΟΥ
ΚΑΙ ΑΝ ΑΜΕΣΟΝ ΠΡΟΣΧΗ
ΑΥΤΟΥ ΑΥΤΟΥ ΟΥΚ ΕΠΙ
ΓΝΩΣΗ ΠΡΟΣΩΠΟΝ ΕΝ

MUESTRA DEL «CODEX VATICANUS», que se conserva en la Biblioteca Vaticana. (Deuteronomia, I, 16, s.). — Es del siglo iv

sias y que se encontró en el monasterio de Santa Catalina en el Sinaí; el *alexandrinus*, existente en Londres...

ΚΑΙ ΙΩΑΝΝΗΝ ΚΑΙ ΑΝΔΡΕΑ
ΤΟΥΣ ΕΙΣΟΡΟΥΣ ΥΠΗΛΟΝ ΚΑΙ ΤΑΙ
ΜΟΝΟΥΣ ΚΑΙ ΜΕΤΕΜΟΡΦΩΘΗ
ΕΜΠΡΟΣΘΕΝ ΑΥΤΩΝ ΙΟΥΔΑΙΩΝ

DEL «CODEX ALEXANDRINUS». — Siglo v. — (Mateo, XVII, 1, 2)

Desde que se escribieron los originales evangélicos hasta la fecha de que datan nuestros códices más antiguos, transcurre un lapso de 300 a 450 años; aun así están en evidente superioridad respecto de los autores clásicos latinos y griegos.

Los *manuscritos* de Virgilio distan de é, 400 años; los de Horacio, 800; los de César, 900; los de Tucídides, 1.000; los de Nepote, 1.200; los de Sófocles y Eurípides, 1.450, y los de Esquilo, 1.500.

LAS VERSIONES

Nuevo caudal de documentos.

Tan pronto como el Evangelio fué propagándose por el mundo, sintióse la necesidad de traducir las Sagradas Es-

crituras, especialmente el Nuevo Testamento, a las lenguas de las diversas gentes convertidas.

Este fué el origen de las versiones.

La primera que vió la luz pública fué la latina para los fieles de Roma y de su habla, a mediados del siglo II. Es la llamada *Vetus latina* o *itálica*.

De ella existen cuarenta manuscritos desde el siglo IV al XIII.

Como el continuo copiar de la Escritura hubiera ocasionado numerosas variantes en el transcurso de los años, el Papa San Dámaso encomendó, en 384, a San Jerónimo, que preparase un texto bíblico latino lo más correcto y conforme con el original griego. En el mismo año presentó ya el santo doctor al Papa los cuatro Evangelios, y no mucho después los restantes libros sagrados.

Esta traducción del insigne escriturista fué aceptada por todos, por lo que recibió el nombre de *Vulgata*.

Ella es aún el día de hoy el texto oficial de la Iglesia Romana en su edición llamada Sixto-Clementina, del año 1546.

Existen de la Vulgata más de 200 manuscritos.

Después de la versión latina vienen por orden de antigüedad: la *siriaca*, asimismo del siglo II, y llamada Pesitto; a continuación las *coptas*, la *sahídica*, la *gótica* de Ulfilas, del año 370; la *etiópica*, del siglo IV, y la *armenia*, del V¹.

DOCUMENTOS AUTENTICOS Y SEGUROS

Y vengamos ya más directamente a la cuestión apasionante.

¿En qué tiempo se escribieron los Evangelios? ¿Fueron, en realidad, sus autores los consignados en los mismos o tuvieron su origen en siglos posteriores y fueron atribuidos a aquéllos engañosamente?

¹ Cfr. Schuster y Holzammer, *Historia Bíblica: Nuevo Testamento*, p. 3 y ss.

En una palabra: ¿Son auténticos?

A estas preguntas podemos ya responder con absoluta certeza en el estado actual de las investigaciones históricas y después de más de medio siglo de estudios febriles sobre la materia.

Sí: los Libros del Nuevo Testamento y los Evangelios, en especial, presentan las más absolutas garantías.

Son ciertamente de los tiempos apostólicos y tuvieron por autores a los que en ellos se nombran: esto es, a San Mateo y San Juan, apóstoles, y a San Marcos y Lucas, discípulos de los mismos.

Aduzcamos, para probarlo, un argumento nada más: el de las Citas de autores competentes desde los primeros siglos del Cristianismo; algunos contemporáneos de los Apóstoles o de sus inmediatos sucesores, y otros de autoridad indiscutible también, aunque algo posteriores en el tiempo.

PADRES APOSTOLICOS

Sus nombres son algo sagrado en los anales de la Iglesia.

Fueron, juntamente con los Apóstoles, los héroes que fundaron nuestra fe.

Helos aquí:

San Clemente Romano, discípulo de San Pablo y de San Pedro y tercer sucesor de éste en la Sede de la Ciudad Eterna, que ocupó desde el año 88 hasta el 97.

San Ignacio, discípulo de San Juan y el gran mártir, obispo de Antioquía, que padeció bajo el Imperio de Trajano, siendo devorado por los leones el año 107.

San Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo, asimismo, de San Juan Evangelista, y que, según su propio testimonio, trató también «con los otros que habían visto al Señor».

Papias, obispo de Hierápolis, discípulo de San Juan y compañero de San Policarpo.

A éstos podemos añadir:

«*La doctrina de los Doce Apóstoles*» y la «*Carta de San Bernabé o Barnabas*», documentos anónimos, pero indiscutiblemente de los más antiguos del Cristianismo, redactados, sin género de duda, en el último decenio del primer siglo.

Creemos, sinceramente, que huelgan ya más pruebas.

Los testimonios aducidos son: lo decimos de nuevo, perentorios.

Todos ellos citan, copian y transcriben textos íntegros de los Evangelios, concediéndoles la misma autoridad sagrada que a los libros del Antiguo Testamento y mencionando a los cuatro Evangelistas como autores.

Los *Padres Apostólicos*, ya queda referido, pertenecen a los primeros tiempos del Cristianismo: a la Iglesia naciente, y aun algunos de ellos son contemporáneos de los Apóstoles y, ciertamente, de los discípulos de éstos.

Es evidente, pues, no sólo que los Evangelios existían ya entonces, sino que eran del dominio público, reconocidos y aceptados por la comunidad cristiana como tales...

Supongámosles unos años nada más de existencia anterior a ellos y ya nos encontramos en plena Era apostólica.

Copiemos, por vía de ejemplo, nada más, el testimonio de Papias:

«Mateo escribió en hebreo los discursos del Señor, y cada uno los ha traducido como podía. El anciano, esto es, San Juan, decía también esto: Marcos, intérprete de Pedro, escribió, pues, cuidadosamente, cuanto recordaba; sin embar-

go, no escribió por orden lo que Cristo dijo e hizo, pues no había oído ni seguido al Señor; pero más tarde, acompañó a San Pedro, quien, conforme a la necesidad, enseñaba los discursos del Señor, sin seguir en ellos un orden riguroso. Así, que Marcos no hizo mal en escribir las cosas según las recordaba, pues su intento único era no omitir nada de cuanto había oído, ni introducir error alguno». (Eusebio, Historia Ecles. P. G. XX, 300.)

SIGLO II

La tradición va haciéndose más explícita cada vez.

Ya no son meras citas y referencias, sino Apologías y encomios manifiestos de los Evangelios.

Citémos dos autores nada más de este siglo: *San Justino* y *San Ireneo*.

San Justino.

Es el representante más caracterizado de los apologistas primitivos del cristianismo.

Pagano hasta los cuarenta años de su vida, se convirtió sinceramente al Cristianismo, y fué tal vez el de mayor autoridad de su siglo.

Murió en Roma el año 162.

Entre sus libros descuellan las dos *Apologías*, escritas por los años de 150 a 155.

En ellas habla expresamente de las *Memorias Apostólicas* sobre la vida y los hechos del Salvador: Memorias que se llaman Evangelios entre los cristianos y que suelen leerse al par de las Sagradas Escrituras, y como parte de ellas en las Asambleas litúrgicas de los mismos.

Cita, con frecuencia, los cuatro Evangelios, especialmente a San Mateo y a San Juan. De este último son tan insistentes y numerosas las referencias que se ha llegado a decir

que, aunque el cuarto Evangelio se hubiera perdido, podría reconstruirse con sólo los textos que San Justino ha conservado en sus obras.

San Ireneo.

Fué discípulo de San Policarpo, quien, a su vez, lo fué de San Juan, como queda dicho.

Trató también, según testimonio del mismo, «con diversos presbíteros, discípulos inmediatos de San Juan».

Murió mártir a fines del siglo II, en la persecución de Septimio Severo.

Su obra principal es la intitulada *«Adversus haereses»*, contra las herejías, de la que conservamos una traducción latina.

En ella se habla profusamente de los cuatro Evangelios, los que, dice, no pueden ser más que uno: *«El Cuadriforme Evangelio»*.

Cada evangelista tiene su símbolo en la visión de Ezequiel. El león, representa a San Marcos; el toro a San Lucas; el hombre, a San Mateo, y el águila, a San Juan.

Nada más demostrativo que sus propias palabras. Dice así:

«Mateo publicó la escritura del Evangelio para los hebreos y en su lengua, mientras Pedro y Pablo evangelizaban y fundaban la Iglesia romana. Después de su muerte, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, les comunicó él también, por escrito, las cosas que habían sido anunciadas por Pedro. Y Lucas, discípulo de Pablo, escribió en un libro el Evangelio que predicaba su maestro. Finalmente, Juan, discípulo del Señor, el que se recostó sobre su pecho, él también, viviendo en Efeso, publicó su Evangelio. No hay, pues, ni más ni menos que estos cuatro Evangelios. Como el mundo tiene cuatro partes y son cuatro los vientos principales, así la Iglesia, esparcida por toda la tierra, y que tiene por columna y apoyo el Evangelio y el espíritu de vida, se levanta sobre cuatro columnas incorruptibles que vivifican a los hombres. Es, por tanto, manifiesto que el Verbo nos ha dado el Evangelio cuádruple, que está dominado por un solo espíritu.» (Adv. Haer., P. G. VII, 844-845.)

SIGLO III

Sólo, para mayor abundamiento y para completar la materia, proseguimos las citas. Mencionemos siquiera las dos más prestigiosas figuras de la época: Orígenes y Tertuliano.

Orígenes.

Nació a fines del siglo II, probablemente en Alejandría, y tuvo por padre al gran mártir San Leónidas. Se cuenta de éste que reprendía muchas veces a su hijo por las indiscretas preguntas que sobre las Sagradas Escrituras le dirigía con frecuencia, pero, lleno de respeto y de veneración hacia el niño, le besaba cuando dormía el pecho como morada del Espíritu Santo.

Fué, sin discusión, el hombre más docto y el genio más universal de su tiempo. Dirigió algunos años la escuela de Alejandría y después creó la de Cesárea, en Palestina, de la que fué el alma y a la que elevó a la mayor altura.

Sus escritos, de carácter meramente bíblico, asombran por su valor y por su número: escolios, homilías, comentarios sin cuento, salieron de su pluma. Su obra principal fueron, sin embargo, *«Las hexaplas»*, colección de seis textos de toda la Escritura, obra gigantesca y que supone el mayor esfuerzo conocido hasta entonces.

Se cuentan en las obras de Orígenes nada menos que 9.231 citas de los Evangelios.

Tertuliano.

Es el gran apologista africano del siglo III. Nació en Cartago hacia el año 260, y se convirtió al Cristianismo hacia el 295. Se le tiene por el más fecundo y original de los Padres latinos. Su vida era luchar, y sus libros son espléndidas muestras de la fogosidad y elocuencia, al mismo tiempo que de la fuerza lógica incontrastable y aplastante de sus razones.

En lo que respecta a los Evangelios, afirma con insistencia que la única causa por la cual los admite, es su procedencia de los Apóstoles. Los Evangelios vienen, por medio de la tradición, de los discípulos del Señor, como lo creen y afirman todas las iglesias apostólicas. Sólo los cuatro Evangelios canónicos presentan este carácter; los demás, no.

Se ha escrito una obra con el título: «Los Evangelios citados por Orígenes»; y, al igual, otra: «El Nuevo Testamento de Tertuliano». Esto habla de por sí.

CONCLUSION

Hemos venido derivando la autenticidad de los Evangelios desde los Padres Apostólicos hasta el siglo III.

Creemos que el lector habrá quedado convencido. Son tantos y tan claros los testimonios, que podemos muy bien asegurar, después de haber agotado todos los recursos de la crítica moderna, que el Nuevo Testamento y, en especial, los indicados Evangelios, son, no ya auténticos y genuinos, sino los libros más genuinos y auténticos del mundo.

En 331 el emperador Constantino encargó al gran Eusebio de Cesárea, el padre de la Historia eclesiástica, que revisara el texto de los cuatro Evangelios y reformara lo que pudiera discrepar o separarse de los códices más antiguos y respetables.

Años más tarde, el Papa San Dámaso hacía, como queda referido, un parecido encargo al doctor Máximo en los estudios bíblicos: San Jerónimo...

Eran los últimos retoques.

Cuatro siglos de tradición ininterrumpida, avasalladora, exuberante. Los Evangelios escritos en la Era apostólica por Apóstoles y discípulos de los Apóstoles, custodiados con celo y amor constante por la Iglesia y tenidos en la misma venera-

ción que las Sagradas Escrituras, entraban definitivamente en el curso de los estudios históricos y se presentaban ante los eruditos descontentadizos, prevenidos y exigentes, no ya sólo como palabra divina, sino como documentos irrecusables, como credenciales humanas fehacientes y seguras de Jesús.

Ello había de constituir el máximo triunfo de la causa católica. Con afán increíble se había venido trabajando durante medio siglo en el estudio crítico de los Evangelios. Difícilmente habrá en el mundo libro alguno que haya sido objeto de tantas y tan pacientes inquisiciones. Hay más; el estudio lo habían realizado, especialmente, hombres en quienes no puede darse la más mínima sospecha de favor: racionalistas, heterodoxos que lo llevaron a cabo impelidos, mayormente, por el afán de encontrar algo en contra de la fe católica.

¿Cuál ha sido el resultado?

A la vista lo tenemos; el más favorable a nuestra causa. Tanto es ello así, que el más notable de los modernos eruditos, entre los protestantes liberales y racionalistas, ha llegado a exclamar: «¿Hemos trabajado nosotros los racionalistas durante cincuenta años febriles para sacar sillares macizos que sirvan de pedestal a la Iglesia católica?».

LA EXISTENCIA REAL DE JESUCRISTO

Terminemos con un hecho típico en la materia.

Era a mediados del siglo XIX, el siglo de las luces y... del racionalismo. En el delirio antirreligioso que se apoderó de no pocos intelectuales de la época, se llegó a todos los extremos, incluso a negar la existencia real del Salvador.

Bruno Bauer fué el inventor de tan peregrina idea.

No sólo tuvo por invenciones los Evangelios y todo el Nuevo Testamento, sino que, llevado de su ilimitado subjetivismo y acomodando los hechos a sus ideas preconcebidas, se empeñó en enseñar sin cejar un punto durante cuarenta

años, a pesar de los documentos más claros, que la gran figura de Jesús era mera ficción literaria, y el Cristianismo, simple producto de la filosofía popular de su tiempo...

Queda el ánimo aturdido y fuera de sí al oír tales audacias. ¡Cristo, ficción fantástica y literaria! ¡El Cristianismo, producto de la filosofía!...

Creemos que esto no es ya burlarse de la Historia, sino abusar indignamente hasta de la inteligencia humana: una verdadera locura.

¿Qué diríamos si alguien se atreviera a negar la existencia de Alejandro, de Pericles, de Carlomagno, de Felipe II, de Platón, de Sófocles, Cervantes o Newton? Se le tendría, a no dudarlo, por un desequilibrado, por un loco. Pues la existencia histórica de Cristo está más probada aún que las de esas figuras de la Historia.

La afirman mil testigos oculares que conversaron y convivieron con El; la testifican sus hechos inconfundibles, su moral, sus discursos, sus milagros, sus enseñanzas de vida; la testifica, sobre todo, su gran obra, el cristianismo que es el más extraordinario acontecimiento de la historia humana.

Al que afirmara que Platón o Aristóteles, Lope de Vega o Calderón, no habían existido, le saldríamos al paso mostrándole sus obras. Si esos hombres no existieron jamás, le diríamos: ¿quién ha escrito la «República Ideal», «El Simposion»?

¿Quién trazó el plan de «La vida es sueño», Los autos sacramentales, «El Quijote»?

Si es una ficción la existencia de los referidos genios, entonces el impostor, el falsario fué tan grande como ellos. Los que inventaron a «Macbeth» o la «Divina Comedia», debieron ser genios de la altura de Shakespeare y de Dante.

Deberíamos, pues, felicitar a los Apóstoles y admirarlos como los mayores genios del mundo, pues siendo unos pobres pescadores, rudos, incultos e iliteratos, supieron inventar el

más sublime carácter, la figura más excelsa de la Humanidad, la más grande elocuencia y sabiduría que haya jamás existido.

La vida de Jesús, repetimos, está tan bien probada, como lo pueden estar los hechos trascendentales cumbres de la Historia. Negarla, por meras cavilaciones preconcebidas, es tan anticientífico, tan antihistórico como monstruoso. Un hombre, una escuela que se atreva a semejante negación en nuestros tiempos, debe quedar definitivamente relegada al desprecio, a la máxima descalificación científica y aun al dictorio de falta de sentido común. (Holzammer.)

IV

LAS CREDENCIALES HISTORICAS DE JESUS

(Veracidad de los Evangelios)

SUMARIO: Hipótesis racionalistas: «El fraude y la impostura».- Afirmación gratuita y despreciable.- Ideas que no pueden inventarse.- «Ilusión y buena fe de los Apóstoles», pero... falsía y engaño de Jesús.- Contradicciones racionalistas

Queda demostrada en el anterior capítulo la autenticidad de los Evangelios. Son documentos fehacientes y seguros, de los más fehacientes y seguros de la Historia.

Han llegado, además, íntegros hasta nosotros.

No podemos detenernos en probarlo debidamente, y bás-tenos aducir el testimonio de los competentes en la materia.

Wesstcott y Hort, los dos críticos ingleses de más competencia y exactitud, de últimos del siglo XIX, resumen así el resultado de treinta años de trabajo incansable en que tuvieron que cotejar varios millares de manuscritos, códices, versiones y leccionarios: «Las siete octavas partes, dice el segundo de los citados, del tenor verbal del Nuevo Testamento, están fuera de toda duda; la última octava consiste, en su mayor parte, en modificaciones respecto del orden de las palabras o en variaciones insignificantes. De hecho las variaciones que afectan a la sustancia del hecho son pocas y pueden evaluarse en menos de la milésima parte del texto».

A los mismos resultados han llegado también otros, y, en especial, el alemán Hermann von Soden, en la reciente edi-



4

(De un Evangelario del s. IX. Aquisgrán)

Los cuatro Cronistas del «Hombre-Dios», SS. Mateo,
Marcos, Lucas y Juan.

ción bíblica del Nuevo Testamento, editada en colaboración de cuarenta y cuatro sabios y tras la prolija labor de dieciséis años.

Podemos estar seguros, pues; los Evangelios son auténticos y han llegado íntegros hasta nosotros. Constituyen el depósito sagrado e inviolable del Cristianismo que éste ha sabido conservar incólume desde los Apóstoles, aunque de él se han hecho más copias y versiones que de libro alguno sobre la tierra.

HIPOTESIS RACIONALISTAS

¿Son también verídicos los Evangelios? ¿Podemos fiarnos y creer sin regateos lo que afirman? En una palabra: ¿son fidedignos o merecen de lleno nuestra fe?

He aquí el tema del capítulo presente.

El racionalismo y la heterodoxia dan por supuesta la negativa y acuden a dos hipótesis: la de la *impostura* y el *fraude* y de la *incompetencia* de los Apóstoles.

Los escritos del Nuevo Testamento, afirman, reflejan adulterada la imagen de Jesús: son producto de la mala fe o de la incapacidad y estulticia de sus discípulos.

Así lo manifiestan sin rebozo, *Reimarus*, que opta por lo primero, y *Paulus*, por lo segundo.

Para *Reimarus*, gran parte, al menos, de los Evangelios y de las cosas en ellos narradas, en su totalidad los milagros, son leyendas míticas inventadas fraudulentamente por los evangelistas para hacer pasar más fácilmente a su héroe por Mesías. Según *Paulus*, aquéllos procedieron de buena fe, pero

fueron entusiastas inexpertos, demasiado cándidos e incapaces de la verdadera interpretación de los hechos.

«Impostura y fraude», «embaucados y embaucadores»...

Tal es la posición racionalista.

¿Es aceptable?

El lector lo juzgará por sí mismo.

«Impostura y fraude».

Confesamos, honradamente hablando, que nos parece esta su posición absolutamente gratuita y despreciable. Nadie ha de ser tenido por malo si no puede probarse que lo sea, afirma la moral, y este aforismo podemos aplicarlo justísimamente a nuestro caso.

Tenemos a los evangelistas en el concepto de hombres probos y honrados, y no podemos, no debemos, a fuer de imparciales, a menos de que se pruebe evidentemente lo contrario, suponer en ellos semejante fechoría.

Es lo menos que podía exigirse.

Obrar de otra manera, suponer la impostura, la mentira a sabiendas en cosa tan grave, sin motivo suficiente, no es de críticos e historiadores imparciales, sino de hombres apasionados e injustos.

Es, además, un proceder antinatural y antipsicológico.

Supongamos, en efecto, que los Apóstoles hubieran creído durante la vida del Maestro que éste era el verdadero Mesías e hijo de Dios venido por fin al mundo. Ante la catástrofe final de su muerte, lo obvio hubiera sido quedar desilusionados y hasta llenos de indignación contra el impostor mentiroso que les había llevado al descrédito y a la ruina... Pero, nada de ello; por una reacción psicológica sólo conocida por Reimarus, los engañados discípulos, los decaídos, se han sentido trocados súbitamente. Se han vuelto valerosos y decididos, y lo que es más extraño aún, han querido seguir ade-

lante la farsa indigna y se han empeñado en rehabilitar al impostor; y en la misma época, en los días mismos de su muerte, no sólo los Apóstoles, sino toda la Iglesia primitiva, los discípulos y santas mujeres en número de más de quinientos, que fueron los que se encontraron presentes el día de la Ascensión, sobrecogidos de insania súbita y colectiva, lanzan a la publicidad sus patrañas y, sin temor de ser desmentidos por los que han sido testigos presenciales de la vida de Jesús, cargan al Maestro de milagros y hechos prodigiosos falsificados; afirman a mansalva que ha sanado a los leprosos, dado vista a los ciegos y movimiento a los paralíticos; añaden que hace apenas un año dió de comer a 5.000 personas, sin contar a las mujeres y a los niños, que serían otros tantos; que resucitó a tres muertos, dando nombres y señales de los mismos; que resucitó él en persona del sepulcro, de lo cual pueden ser testigos más de 500, que viven aún y que con sus propios ojos le contemplaron...

Todo es falso, repetimos, pero ninguna protesta se levanta ni siquiera de los interesados y aludidos.

El hecho, como reacción psicológica y como suceso histórico, es del todo incomprensible, pero no importa. La mentira se impone y cada día va creciendo el número de adeptos. Los embaucadores saben comportarse tan diestramente, que en el primer discurso de uno de ellos, rudo e iliterato pescador, ha logrado convertir a su engaño a 5.000 judíos y en otro a 3.000 más...

Ya son estrechas las fronteras patrias.

Los falsarios no encuentran límite a sus ardores proselitistas: han soñado nada menos que en llevar su impostura al mundo y hacerlo víctima de la misma, y, en realidad, se esparcen todos por él; abandonan su casa, sus redes, el lago de sus afanes y se encaminan, como Quijotes de la mentira, hacia el Asia y Europa, y llegan a Etiopía y Arabia y a la

India, y penetran en Corinto, en Efeso y en Filipos, en Atenas y en Roma...

Por doquier predicán y discuten incansables; desafían peligros y persecuciones y padecen cárceles y azotes, hasta que al fin, por seguir aferrados a su inexplicable pertinacia, por el furor de engañar al mundo, mueren martirizados, rubricando con su sangre la impostura...

Perdónenos el racionalista; pero no podemos admitir, sin discusión, tales suposiciones.

En verdad no es extraño que la hipótesis del fraude haya disgustado profundamente incluso a muchos de los heterodoxos.

Precisamente habría de decirse, en toda verdad histórica, lo contrario.

Si algo aparece con claridad en el Evangelio y en los Hechos, es la convicción profunda, la sincera y arrebatada conmoción psicológica hasta el delirio, operada en sus espíritus ante la verdad inconcusa de su causa.

Desde el día de Pentecostés se describen los antes tan cobardes, encarándose con escribas y fariseos y aun con las autoridades de Israel, con un ímpetu y osadía que pasma: echándoles en cara su gran crimen de haber dado muerte al Mesías enviado por Dios a su pueblo, al santo y al justo, al que pospusieron a un criminal forajido. No pueden contenerse ni callar: son obligados a comparecer ante el Concilio, azotados y llenos de denuestos; pero ellos salen gozosos de su presencia, porque han sido hallados dignos de padecer algo por el nombre de Jesús. Les conminan que no pronuncien más aquel fatídico nombre, pero ellos responden que no pueden hacerlo; que les es imposible a todo punto dejar de predicar lo que han visto y oído: que es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres.

¿Es esta actitud propia de embusteros y embaucadores? Diráse que les guiaba el fanatismo... Sea así; pero el fanatismo tiene sus leyes; supone una convicción arraigada: jamás se ha visto a un hombre fanático por una idea que no siente y menos aún por una que sabe positivamente ser falsa.

La convicción absoluta, absorbente, es la que impera; la única que realiza los grandes hechos, los altos ideales; la sola capaz de llevar al cabo la inmensa epopeya de la fundación del Cristianismo... Atribuirle a la mentira, al fraude, es la mayor monstruosidad histórica y psicológica que pudo imaginarse.

IDEAS QUE NO SE INVENTAN

Hay otros dos rasgos inconfundibles que delatan la veracidad de los evangelistas:

La *sinceridad* en manifestar lo que pudiera dañar a su causa y la expresión de conceptos nuevos, imposibles de ser inventados por ellos.

Así vemos, en efecto, que exponen llanamente las propias deficiencias, su falta de fe, su dureza, su cobardía, el abandonar al Maestro, la traición de uno de ellos y la negación del príncipe de todos.

Asimismo expresan sin reticencias el juicio peyorativo y denigrante que del Maestro se formaron los judíos: Unos, dicen que le tenían por loco: «ha perdido el juicio»; otros, que estaba poseído del demonio, y que con la potestad del príncipe de ellos los lanzaba; otros, que era un embaucador que soliviantaba a las turbas; un malhechor digno de ser condenado a muerte...

Y, sobre todo, le pintan a él, al que quieren hacer pasar por Mesías, lleno de sudor y de fatiga junto al pozo de Jacob; triste hasta la muerte, lleno de temor y pánico y hasta sudando sangre en el Huerto de los Olivos y desamparado del Padre en la Cruz...

Las *ideas nuevas* de referencia son más reveladoras aún: la *mesianidad* y la *divinidad* de Cristo.

Nótese bien: los evangelistas eran judíos de raza y de corazón, y, por lo mismo, su concepto de Dios y del Mesías esperado, claro y definitivo.

El Mesías, para todo israelita, el único que podía caber en su exaltada mente, el que formaba toda su ilusión y sus anhelos, como queda indicado en otro sitio, era el personaje glorioso, rey espléndido y magnífico, triunfador y conquistador del mundo y de sus enemigos, a los que había de poner, cual trofeos de victoria, como escabel de sus plantas. Jamás hubiera podido ningún israelita imaginarlo de otra suerte. Un Mesías humillado, crucificado, muerto en un patíbulo, era por completo inasequible a su ideología.

Lo mismo podemos afirmar respecto de la idea de Dios.

El judío era también, y es, esencialmente monoteísta. El no adoraba más que a Yahvé, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios de Moisés y del Sinaí; Dios único, intangible y santo que moraba sobre las estrellas del cielo, inasequible al dolor y a la muerte. Su nombre no podía pronunciarse por respeto, ni su imagen ser representada. Era el ser infinito, separado de los hombres como el cielo de la tierra. «Asociarle un hombre por grande que éste fuera», ha dicho incluso un racionalista, «compartir con él la divinidad, hubiera sido el sacrilegio y la abominación suprema...»

Pues bien; véase el hecho incontestable.

A Cristo, esto es, al Profeta de Nazaret, hombre que apareció, además, sin boato y pompa alguna externa, le ensalzan como Mesías, esperado de las gentes y gloria de su pueblo Israel... Más aún, le subliman a la categoría de Dios; de ser omnipotente y eterno; afirman de él que existió antes que

Abraham y los profetas, antes de la creación del Universo ; que es una misma cosa con Dios ; le llaman luz del mundo, la verdad y la resurrección..., le apellidan con San Pedro, «autor de la vida» ; con San Pablo, «Dios bendito por los siglos», ante el cual se ha de «doblar toda rodilla en el cielo y en la tierra y en los abismos» ; con San Juan, le constituyen «creador de todas las cosas», atribuyéndole la obra de los seis días, que en el Génesis se atribuye a Dios exclusivamente...

¿No es esto extraño? ¿Pudo ser mera creación de su fantasía delirante?

No por cierto. Esos conceptos son plenamente antijudíos ; no pudieron ser inventados por los Apóstoles ; viniéronles necesariamente de fuera ; fueron imposición absoluta de la aplastante realidad.

ILUSION Y BUENA FE DE LOS APOSTOLES

Los Apóstoles no fueron falsarios embaucadores : estaban convencidos de la verdad de cuanto predicaban. Hasta un racionalista confiesa paladinamente, que jamás ellos hubieran fundado la Iglesia, si no hubieran estado persuadidos de la verdad de su causa.

¿Estaban también en lo cierto?

¿No fueron víctimas de su candidez e ignorancia?, ¿de su buena fe, del afán milagrero tan propio del pueblo sencillo en todos los tiempos y países y en especial en Israel y en la época de Cristo?

Esta es la segunda hipótesis racionalista que pasamos a examinar.

Los evangelistas creyeron y predicaron convencidos, dicen muchos de ellos ; pero no estuvieron a la altura, fueron incompetentes ; ineptos para interpretar los hechos de Jesús.

Se dejaron alucinar por falsos espejismos, y aceptaron como milagros reales los que no eran más que actos de sugestión, mera coincidencia, prestidigitación o curación psicológica de la llamada «fe que sana».

¿Te place, caro lector, la hipótesis?

Me imagino verte frunciendo el ceño y moviendo negativamente la cabeza... Y tienes razón.

No puede hablarse de «fe que sana», ni de sugestión, ni de coincidencias casuales, cuando se trata de resurrecciones de muertos, de curas instantáneas de leprosos y de ciegos de nacimiento, de dar de comer a miles de personas con solos cinco panes y dos peces... En una palabra: los milagros evangélicos son hechos demasiado patentes, públicos, tangibles y numerosos para que puedan ser producto de meros impresionismos...

Pero no insistamos más en esto, que ya tendrá su refutación adecuada cuando tratemos de los milagros del excelso taumaturgo.

Detengámonos más bien en la tremenda consecuencia que de la hipótesis se deduce:

CRISTO IMPOSTOR, FALSARIO...

Que no nos digan exagerados.

No es más que la fuerza de la lógica.

Suponen, efectivamente, los racionalistas, que los Apóstoles se engañaron admitiendo como milagros lo que no lo eran. Pero es el caso que Cristo los tenía por tales, y con plena conciencia de ello los realizaba.

El fué, por tanto, el que indujo a error a sus discípulos; él fué el embaucador, el falsario...

¡Cuántas veces nos habla Cristo de sus portentos!

Son las señales inequívocas de su misión y legación del cielo.

A los discípulos de Juan, enviados a preguntarles si era él el que había de venir o esperaban a otro, les responde: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados...». Eran los prodigios anunciados por los profetas como característica del Mesías. A Corozaim, a Betsaida y a Cafarnaún les conmina con la cólera del cielo, porque a pesar de que han sido teatro de los más grandes milagros, no se han convertido ni hecho penitencia: si los mismos los hubieran visto Tiro y Sidón, Sodoma y Gomorra, o los ninivitas, se hubieran vestido de saco y de cilicio...

No hay para qué detenernos más.

Es evidente que Cristo tenía plena conciencia de que eran milagros verdaderos los que él realizaba, y los hacía como señales de Dios para que creyeran en él, y acusa y condena la dureza y terquedad judía en no creer en él, siendo así que sus obras daban testimonio de quién era.

O Cristo, pues, es un malvado, un falsario, volvemos a repetir, un hombre sin conciencia y sin honor que pasó engañando vilmente a sus Apóstoles y al mundo entero, o las obras realizadas por él como milagros, eran verdaderos y auténticos prodigios.

Que escojan los racionalistas:

¡Cristo embaucador!, ¡embustero!

El solo anuncio escandaliza. Ni ellos mismos se atreven a tanto, al menos abiertamente.

¡Triste inconsecuencia la suya!

Alaban y maldicen a la vez; ensalzan hasta los cielos y abaten hasta el polvo al Salvador.

Leed sus libros y quedaréis convencidos:

Loysi dice de él, que se siente en su persona, «en sus actos, en sus dolores, un no sé qué de divino, que le eleva, no sólo por encima de la Humanidad ordinaria, sino sobre lo más selecto de esa misma Humanidad»¹.

Harnack confiesa que «cualquiera que sea la actitud que ante Jesucristo se tome, no se puede menos de reconocer que en la Historia es él quien ha elevado a la Humanidad a esta altura», que «quien se esfuerce en conocer al autor del Evangelio testificará que en él lo divino ha aparecido con la pureza que es posible que aparezca en la tierra»².

Para Augusto Sabatier, Jesús es «el alma más bella que existió jamás: sincera, pura, que pudo elevarse a una altura a la que nunca el hombre podía llegar».

Channing: «Creo que Jesucristo es más que un hombre... Todos reconocen que deja atrás las perfecciones humanas...»³.

Wilhelm Bousset: «Jesús queda, con relación a nosotros, a una distancia infranqueable... Nosotros no nos atrevemos a medirnos con él, ni colocarnos al lado de este héroe»⁴.

Y, finalmente, el libelista y poeta Renán:

«¡Reposa, ahora, en tu gloria, noble iniciador! Tu obra está acabada, fundada tu divinidad... Al precio de unas horas de sufrimiento, que no han llegado a tocar a tu grande alma, has comprado la más grande inmortalidad. Signo de nuestras contradicciones, tú serás la bandera en torno de la cual se librará la más ardiente batalla. Mil veces más viviente, mil veces más amado después de tu muerte, que durante los días de tu vida aquí abajo, tú llegarás hasta tal punto a ser la piedra angular de la Humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo, sería sacudirlo en sus fundamentos. Entre ti y

¹ *El cuarto Evangelio*, p. 72.

² *La esencia del Cristianismo*, pp. 33 y 34.

³ *Vida de Jesús*, p. 325.

⁴ *Jesús*, p. 72.

Dios no se distinguirá jamás. Plenamente vencedor de la muerte, tomas posesión del reino al que te seguirán, por la vía real que tú has trazado, siglos de adoradores»¹.

Así hablan los racionalistas; pero no les hagáis caso; volved la página y veréis que «las cañas se tornan lanzas», y que los encomios terminan con vituperios. Cristo es, sí, la cumbre de la Historia, el hombre más sublime y veraz y santo; el ideal, el ápice de la perfección, el alma más pura y grande que haya jamás existido...; pero, al mismo tiempo, ¿quién lo dijera?: es un impostor, un mentiroso que pasó engañando al mundo con sus sortilegios y espejismos y ha seguido embaucándolo a través de la Historia...

Dispénsennos de nuevo los racionalistas, pero al oír sus alabanzas, no podemos menos de pensar en el pasaje evangélico de la curación del endemoniado de Cafarnaún.

Había en la sinagoga, nos dice San Marcos (I, 23 s.), un hombre poseído del espíritu inmundo. Un día se le acercó Jesús, y él exclamó enfurecido: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, oh Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Ya sé quién eres: el santo de Dios...».

También Luzbel alaba a Jesús: El poder, la grandeza del Hijo de Dios le subyuga... pero son forzadas sus alabanzas: «Hasta los demonios creen y tiemblan».

¿No vemos algo parecido en los racionalistas?

¹ *Vida de Jesús*, cc. 15, 17, 19, 20 y 23.

CRISTO MESIAS

SUMARIO: Pseudoprofetías y pseudocristos. - ¿Ha venido ya el Mesías? - Testimonios evangélicos sobre la mesianidad de Jesús. - La propia afirmación del Maestro y la solemne promulgación del Padre. - Cristo, clave de las profecías

Es natural que las grandes promesas mesiánicas hechas con tanto énfasis e insistencia por los profetas, tuvieran la repercusión más profunda en la vida del pueblo de Israel.

Así fué, en efecto.

El Mesías futuro, juntamente con su espléndido reinado, fueron siempre, y especialmente en los tiempos últimos, el blanco de todas las esperanzas.

Las clases dirigentes, y de un modo particular los escribas, fariseos y doctores de la ley, se habían hecho los portestandartes más entusiastas y proselitistas del general anhelo y lo habían convertido incluso en objeto de ilusiones y fantasías nacionales.

El Mesías prometido debía ser un enviado especial de Dios a su pueblo; un legado suyo, extraordinariamente poderoso, sabio, justo, invencible. El patriotismo judaico le había dado el máximo relieve. Sería el gran personaje de la Historia; superior a Moisés y David, el que había de humillar y juzgar a los odiados gentiles y hacerlos tributarios suyos. Su cetro había de extenderse a todo el mundo.



5

(Detalle Pórtico Gloria. Santiago)

Los heraldos del Gran Rey.
Los SS. Apóstoles Pedro, Pablo, Santiago y Juan.

Con la oprobiosa esclavitud romana se había exacerbado más el sueño nacional. No fueron pocos los que, impacientes ante la prolongada espera, se levantaron contra el injusto poder dominador, apelando a los mismos rigores de la guerra, en la convicción íntima de una ayuda especial y maravillosa del Omnipotente a su causa. Poco después de la muerte de Herodes apareció en Perea un exaltado llamado Simón, que llegó a prender fuego al regio alcázar de Jericó y proclamarse rey él mismo. En Judea, un pastor llamado Atronges, implantó su gobierno propio; en Galilea, Judas, hijo de Ezequías, se apoderó del arsenal de armas de Sesoris I, y hacia el año diez, después de la muerte de Jesucristo, un predicador exaltado, por nombre «el egipcio», reunió un ejército de dos mil hombres y los fanatizó hasta el punto de lanzarlos a la conquista de Jerusalén, con la promesa de la inmediata intervención divina.

Flavio Josefo los califica a todos de engañosos e impostores, que bajo la apariencia de inspiración de Dios producían rebeliones y trastornos, induciendo a la multitud a actos de feroz fanatismo; y el mismo divino Redentor aludió a ellos en repetidas ocasiones, llamándoles «pseudoprofetras y pseudocristos», verdaderos «lobos que venían con la piel de oveja» para engañar.

Los romanos, lo mismo que Herodes, habían realizado en ellos los más feroces escarmientos y horribles matanzas, pero el furor seguía incontenible y se prolongó hasta los días aciagos del asedio a Jerusalén.

¿HA VENIDO YA EL MESÍAS?

He aquí la interesante pregunta que se formula la Historia desde hace veinte siglos.

Los judíos lo esperan aún, si bien cada vez se desvanecen

más sus esperanzas. Para nosotros, en cambio, los cristianos, la cuestión está dilucidada plenamente. El Mesías ha venido ya y es el autor y consumidor de nuestra fe, Jesucristo.

En él se cumplen, de manera maravillosa, todas las profecías como queda demostrado en el anterior y vamos a ver más a propósito en el capítulo presente. El Cristianismo se establece sobre esta base inmovible: todo el Nuevo Testamento lo supone y el mismo Salvador lo afirma terminantemente. No hay posibilidad de duda.

Cristo es el Mesías prometido: El legado de Dios al mundo para salvarlo y enseñarle lo que tenía que creer y practicar.

TESTIMONIOS DE LA MESIANIDAD DE JESUS

Los encontramos en casi todas las páginas del Evangelio:

La Anunciación.

El celeste espíritu se halla en presencia de María, la venturosa virgen escogida para Madre de Dios. Viene de parte del Altísimo a pedirle su consentimiento para la gran obra que ha de realizarse en sus entrañas, la Encarnación.

El Angel le habla en términos mesiánicos:

«He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y se le llamará Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su reinado no tendrá fin.» (Luc. I, 32-33.)

Zacarías.

Han pasado unos días después de la Concepción del Verbo, y María, toda endiosada, fuera de sí de emoción y llevando en su seno, cual dulce carga, al Hijo Eterno de Dios, se encamina hacia las montañas de Judá, a su prima Isabel.

Al entrar en su casa y saludarla se realizan los más sublimes misterios. Las palabras de la humilde nazarena santifican a Juan, el Precursor, en el seno de su madre, y ésta, llena del Espíritu Santo, reconoce la grandeza incomparable de María, la madre de «su Señor», y se reputa indigna de su visita.

Tres meses más tarde nace Juan Bautista.

A Zacarías, su padre, le quedan sueltas las trabas de la lengua y prorrumpe en un hermoso cántico profético. En él, después de glorificar a Dios, que ha usado de misericordia para con su pueblo, se dirige en emocionado apóstrofe a su hijo, y exclama:

«Y tú, oh niño, serás llamado profeta del Altísimo;
Pues irás delante del Señor
para preparar sus caminos:
para dar a su pueblo el conocimiento de la salud
en la remisión de sus pecados:
por las entrañas de misericordia de nuestro Dios
por las cuales nos ha visitado
un sol naciente desde lo alto,
para iluminar a los que están sentados en tinieblas
y sombra de muerte,
para enderezar nuestros pies por el camino de la paz.» (Luc. I, 67-80.)

Los Angeles.

Ha llegado ya el gran acontecimiento de la Historia.

Acaba de nacer Cristo en Belén y, llenos de júbilo los Angeles, se apresuran a dar la grata nueva a los hombres.

«Y había unos pastores en aquella misma región, que velaban y guardaban las velas nocturnas sobre su ganado. Y un Angel del Señor se presentó junto a ellos, y la gloria de Dios les envolvió en sus fulgores, y se atemorizaron con gran temor. Y les dijo el Angel: No temáis; pues he aquí que os traigo una buena nueva, que será de grande alegría para todo el pueblo: que os ha nacido hoy en la ciudad de David el Salvador, que es el Mesías, el Señor. Y esto os servirá de señal: Hallaréis al Niño

envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y súbitamente se juntó con el Ángel una muchedumbre de la milicia celeste que alababan a Dios, y decían:

Gloria a Dios en las alturas,

y en la tierra paz a los hombres del beneplácito.» (Luc. II, 8-14.)

Simeón.

En la circuncisión y en el Templo se repite lo mismo.

Pasados los días prescritos por la ley de Moisés para la circuncisión del Niño, se le pone por nombre Jesús, esto es, Salvador, como antes de ser concebido lo anunciara el Ángel.

Transcurridos, asimismo, los días de la Purificación de María, según la misma ley, es conducido a Jerusalén y al Templo, para ser presentado al Señor. Al penetrar en él se realiza el bellísimo episodio de Simeón.

Este anciano, justo y temeroso de Dios, vivía en la esperanza más ardiente del Mesías. En pago de sus bellas virtudes e incesantes oraciones había recibido de Dios una consoladora promesa: la de que no moriría antes de ver al Cristo o Mesías del Señor. Conducido por la inspiración divina, se presentó en el templo, precisamente cuando sus padres introducían a Jesús. Al anciano le dió un vuelco el corazón: aquel niño era el objeto de sus anhelos. Se acercó a él emocionado; lo tomó en sus manos temblorosas y cansadas ya de vivir y exclamó lleno de alborozo y entusiasmo:

Ahora, Señor, deja ir a tu siervo en paz, según tu palabra; pues ya vieron mis ojos tu salud; la que preparaste a la faz de todos los pueblos: luz para la iluminación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.

Después, se volvió a María su madre que escuchaba atenta, y rasgando el velo del porvenir, le dijo:

«He aquí que este niño está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel y como una señal a que se hará contradicción.»

Su mirada descubrió también la protervia de Israel, su

pueblo, y el rechazo del Mesías que Dios, en su misericordia, le enviaba para salvarle, y llegando hasta la agónica tarde del Calvario anunció su muerte dolorosa y llena de oprobios a su madre:

«Y a ti misma una espada te traspasará el alma para que salgan a luz los pensamientos de muchos hombres.» (Luc. II, 25-35.)

Los Magos.

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá en los días de Herodes el rey, he aquí que unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle. Oído esto, se turbó el rey Herodes y toda Jerusalén con él, y convocando a todos los jefes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Mesías. Ellos le dijeron: en Belén de Judá; pues así está escrito por el Profeta: Y tú, ¡oh Belén!, tierra de Judá, de ninguna manera eres la menor entre las principales de Judá; porque de ti nacerá el jefe que regirá tu pueblo de Israel.

Entonces Herodes, habiendo llamado secretamente a los Magos, se informó de ellos exactamente acerca del tiempo en que había aparecido la estrella, y enviándoles a Belén, les dijo: Id y tomad información exacta acerca del niño, y cuando le hubiereis hallado, dadme aviso para que yo también vaya y le adore.

Ellos, oído el encargo del rey, se partieron; y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente, precedió otra vez delante de ellos, hasta que, llegando a donde estaba el niño, se paró encima; y entrando en la casa hallaron al niño con María, su madre, y, postrándose en tierra, le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. Y avisados por Dios, en sueños, que no volvieran a Herodes, tornaron a su tierra por otro camino.» (Mt. II, 1-12.)

Las turbas.

Añadamos a los aducidos dos testimonios más: el de las turbas y el de los Apóstoles.

Varias fueron las ocasiones en que las turbas enardecidas ante la magnificencia de los milagros del Salvador y llenos de

la más absoluta convicción de que él era el Cristo o Mesías, quisieron proclamarle rey. Jesús se lo impidió siempre, retirándose de ellas. Hubo, sin embargo, un día en que permitió el desbordamiento popular.

Estaba anunciado por el profeta Zacarías que, como verdadero rey de Israel, había de entrar el Mesías en Jerusalén, su capital, en acto solemnísimos y apoteótico..., y eso fué lo que se llevó al cabo en el llamado Domingo de Ramos.

El excelso taumaturgo acababa de realizar el más extraordinario de sus prodigios, la resurrección de Lázaro. La impresión y la fama del hecho tenía obsesionados no sólo a los habitantes de la pequeña aldea de Betania, sino a cuantos lo conocían. El entusiasmo popular había llegado a tal punto de efervescencia que los príncipes de los sacerdotes y doctores pensaron incluso en dar muerte a Lázaro para sofocarla.

Estaba, sin embargo, de por medio en los planes de Dios la glorificación de su Hijo aun a pesar de proyectos tan criminales.

Jesús llegó a Betania en su paso hacia Jerusalén, a donde se encaminaba para la celebración de la Pascua. Era la ocasión más propicia para la exteriorización de los latentes ardores. Comenzaron los habitantes de la aldea y un grupo de entusiastas de Jerusalén y aun de la dispersión que acababan de llegar a la capital de Israel para la celebración de las mismas fiestas y que, influenciados por la fama del gran profeta de Nazaret, habían ido allá ansiosos de conocerle.

Hechos los preparativos, montó el taumaturgo en el jumentillo y se puso en marcha. El recuerdo de los portentos excitó más y más la fe en su mesianidad y llenó la turba de esperanzas y de ilusiones. Ya fué incontenible el desbordamiento de la muchedumbre. En verdad que jamás había aparecido un hombre tan poderoso en obras y en palabras...

Los vítores y aplausos y las demostraciones de júbilo irrumpen espontáneas y avasalladoras. Los unos extienden sus vestidos por donde ha de pasar; otros cortan ramas de

árboles y las esparcen por el camino. Los aires resuenan con las aclamaciones delirantes: todas son mesiánicas.

«¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene, el rey, en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!». (Mt. XXI, 1-9, Mc. II, 1-10, Lc. XIX, 29-40, Jn. XII, 12-19).

Los Apóstoles.

Es el día de Pentecostés.

El Cenáculo donde han permanecido los Apóstoles con María, madre de Jesús, después de la Ascensión, en la oración y fracción del pan y en espera del Espíritu Santo prometido, se siente sacudido repentinamente como con un viento impetuoso. Son las primicias de la venida del Santo Espíritu. Además, «aparecieron, dicen los Hechos de los Apóstoles», unas como lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos. Era el símbolo del Espíritu Santo, caridad y fuego, que se apoderaba del Colegio apostólico y los transformaba en otros hombres.

Ante la novedad del hecho, acudieron gran muchedumbre de curiosos a los alrededores del Cenáculo; gentes de todas las regiones, llegadas asimismo con ocasión de la Pascua. Todos quedaron consternados al oírles, porque aquellos hombres, galileos e ignaros, les hablaban con elocuencia a cada uno en su lengua propia.

Pedro se levantó entonces, en medio de todos, y les dirigió enardecida la palabra. Sin temor de nada ni de nadie, les repitió el nombre de Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios en grandes prodigios y señales, a quien vosotros mismos acabáis de matar entregándole en manos inicuas... Después lanza la gran afirmación: «Sepa, con toda certeza, toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros crucificasteis». (Act. II.)

No es menos explícito el Apóstol de las gentes.

Había sido perseguidor del nombre de Jesús y de sus fieles y encarnizándose con ellos. Dotado de poderosa inteligencia y de corazón fogoso, podía ser el paladín invicto de la sociedad cristiana apenas nacida.

Cristo decidió atraerle a sí y hacerlo su apóstol por excelencia. El hecho maravilloso se realizó un día mientras él se dirigía a Damasco para encarcelar a los fieles, lleno de furor y de rabia contra ellos. Repentina y súbitamente le circundó una luz del cielo... Saulo cayó en tierra deslumbrado y ciego, y oyó una voz que le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesús, contra quien tú te ensañas: duro te será dar coces contra el aguijón...»

Estaba realizada la gran metamorfosis.

Pablo, convertido en discípulo ardiente de Jesús, comienza en el mismo Damasco su apostolado. Dicen los Hechos: «Pablo se afirmaba cada día más y confundía a los judíos que habitaban en la ciudad, anunciando, con toda la energía de su carácter y probándoles que Jesús era el Cristo o Mesías prometido».

Desde este momento se da ya al Fundador del Cristianismo por apóstoles, discípulos y fieles, unánime y casi exclusivamente el nombre de Cristo, que es lo mismo que Mesías. El apelativo se repite incesantemente y en Antioquía empiezan a llamarse los fieles, por primera vez, con el nombre de cristianos.

LA PROPIA AFIRMACION DE JESUS

Es el argumento decisivo.

Los ángeles y los hombres, los Apóstoles y las turbas, proclaman Mesías a Jesús: su testimonio no puede ser más grave y fidedigno, pero hay otro todavía más seguro que él: el testimonio del mismo Cristo, que por tal se tiene y se da repetidas veces ese nombre.

Efectivamente, en Cesárea de Filipos pregunta a sus discípulos por quién le tienen a él. San Pedro toma la palabra y contesta con el mayor énfasis: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». El Maestro no sólo no rechaza la apelación, sino que la confirma, y premia a su apóstol por ella: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, pues no te lo ha revelado la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos».

En el mismo día de la milagrosa curación del ciego de nacimiento, encuentra Jesús al favorecido y después de la discusión con los fariseos, y le pregunta: «¿Crees en el Hijo de Dios?». Era éste uno de los nombres del Mesías. «¿Quién es, Señor, para que crea en él? El mismo que habla contigo, añadió Jesús. El ciego cayó de rodillas y le adoró.»

Otro día se encontraba junto al pozo de Jacob.

Llegó a él una pobre y sencilla mujer del pueblo. El Maestro no se desdeñó en dirigirle la palabra. En la conversación le reveló toda su vida a la mujer; le dijo que la salvación venía de los judíos; le anunció la nueva Era de espiritualidad y regeneración del mundo, que comenzaba ya. La mujer, desconfiada, apeló al Mesías venidero: «Sé que el Mesías ha de venir, dijo; cuando él venga, ya nos lo dirá todo.» Jesús se le reveló abiertamente: «Yo soy el Mesías, el mismo que está hablando contigo.»

Ante Caifás, finalmente.

Era el Viernes Santo por la mañana. El divino reo, maniatado y preso, había sido conducido ante el Sanhedrín para ser condenado. El Sumo Sacerdote se encaró con él en plena y solemne sesión y después de las inútiles discusiones de otros, y le dijo: «Te conjuro, por el nombre de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Mesías, el hijo de Dios bendito.»

Terrible pregunta en aquellas circunstancias. Jesús sabía que le iba la muerte en ello, pero no vaciló un instante. El

había venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y la afirmó decididamente: «Tú lo has dicho; yo soy».

Era la palabra que había de escandalizar al presidente del Consejo de toda la Asamblea y al pueblo judío. El sumo Sacerdote desgarró sus vestiduras, diciendo: «Blasfemó». Luego, dirigiendo con gesto teatral su mirada a los sanhedritas, exclamó: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia: ¿Qué os parece? Y todos dieron sentencia contra él, diciendo: reo es de muerte.

LA SOLEMNE PROCLAMACION DEL PADRE

No queda más que el coronamiento de la obra: La voz del Eterno Padre que refrendará todos los otros testimonios.

Eran los días de la predicación de Juan Bautista. El pueblo, conmovido hondamente por las palabras de fuego del austero anacoreta, acudía a bandadas a oírle y a recibir de sus manos el bautismo de penitencia.

Jesús se presentó también un día a él al comienzo de su vida pública de Mesías, pero fué reconocido por el precursor, al acercarse. Siguióse la más emocionante escena. Juan rehusaba bautizarle, sobrecogido de espanto; pero él se lo impuso: «Es necesario que se cumpla toda justicia».

Cesó la porfía y Jesús fué bautizado como los otros. Había sido un acto de anonadamiento del Hijo de Dios, y ninguna ocasión más propicia que la gran humillación para exaltarle. Al salir Jesús del agua, nos dice el Evangelista que se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre él; y se oyó una voz en los aires que dijo: «Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias». (Mt. III, 17, s.).

Las palabras eran mesiánicas y constituían la promulgación solemne, de parte del Padre, de la persona y de la

misión del Salvador. El era su hijo, su legado al mundo, el Mesías que prometiera a la humanidad.

Hay otro episodio más significativo aún: La transfiguración del Tabor.

Al fin de la grandiosa escena dice el Evangelista que apareció una nube que envolvió a Jesús y a sus ilustres acompañantes, y que del fondo de la misma salió una voz potente



EL MONTE TABOR, donde según la tradición se realizó la Transfiguración del Salvador

que decía: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; oidle a él». (Mt. XVII, 1, s.).

Nueva promulgación oficial. Cristo es el auténtico legado del Padre: el Hijo del Altísimo, de que hablara el ángel a María, y heredero del trono de David; el Maestro, doctor y preceptor de las gentes que prometiera Isaías (LV, 4), enviado del cielo para enseñar a los hombres. Sus palabras son palabras divinas e infalibles, palabras de vida eterna.

CRISTO, CLAVE DE LAS PROFECIAS

Jesús es el Mesías.

He aquí, en definitiva, nuestra afirmación cristiana, rotunda y categórica: lo aseguran de consuno el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres...

Podemos añadir también que sólo El pudo serlo, porque en El solamente se han podido cumplir los vaticinios mesiánicos.

Cosa extraña.

Según el vaticinio de Jacob, el Mesías había de ser rey y caudillo salido de la casa de Judá: según Isaías, debía ser Dios e Hijo de Dios: Dios con nosotros, Emmanuel, Consejero, Admirable, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la Paz; Rey y rey excelso, que llevaría bordado sobre los hombros y el muslo su título y divisa. Según David, debía ser hijo suyo al mismo tiempo que Hijo de Dios, engendrado en el día de su eternidad; rey potentísimo y conquistador espléndido, brazo y virtud y fortaleza de Dios que debía burlar todos los manejos de sus enemigos y extender su dominio por los ámbitos de la tierra...

Pero, nótese bien; lo esbozado no es más que una faceta del Mesías.

Los profetas habían dibujado también otros rasgos diametralmente opuestos de su fisonomía. Juntamente con la imagen del magnífico dominador del mundo habían pintado un Mesías humillado, escupido, azotado; un Mesías, varón de dolores y que sabe de enfermedades; que no tiene parte sana desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza; un Mesías negado y condenado por su pueblo, levantado en una cruz y muerto.

¿Cómo compaginar tan opuestos trazos?

El pueblo judío no había sabido hacerlo y, quedándose exclusivamente con lo que halagaba su orgullo nacional y patriótico, había echado por la borda todo lo humillante

y depresivo. Jamás había pensado en un Mesías de dolores, en un Mesías muerto en patíbulo de afrenta.

No obstante, las antinomias debían cumplirse; el Mesías había de ser rey poderoso y espléndido, fundador de un reino universal y eterno, pero, al mismo tiempo, debía ser negado y azotado, escupido y muerto por su pueblo.

¿Quién deshará ese nudo?

He aquí el gran argumento de la mesianidad de Jesús.

Solamente El, dijimos, ha podido cumplir las profecías.

El es, al mismo tiempo, hijo de David e hijo de Dios, rey y caudillo y la gloria más espléndida de Israel y del mundo. El fundó un reino pacífico y eterno que se extiende hasta los confines de la tierra: el reino del espíritu y de la gracia, el reino sobrenatural de los hijos de Dios, la Iglesia. El apareció en la Septuagésima semana de Daniel, nació en Belén, como señalara Miqueas, de una Virgen, según el vaticinio de Isaías; fué despreciado y perseguido, crucificado y muerto en cruz por las autoridades de su mismo pueblo...

Esto es, repetimos, el sello inconfundible de su verdadera mesianidad.

Recordemos las palabras del recién resucitado a los huidizos discípulos de Emaús. Estaban descorazonados, tristes, en la más amarga desilusión; ellos habían convivido con Jesús, el gran Profeta, poderoso en obras y palabras...; sus nunca vistos milagros y aun su personalidad avasalladora y única, les había conquistado por completo. No podía ser otra cosa: el profeta de Nazaret era el Mesías, el rey de Israel que todos esperábamos... Cristo mismo lo había asegurado terminantemente y repetidas veces...

Pero, ¡ay!; todo su fervor y entusiasmo se había derumbado súbitamente. Las autoridades judías se habían levantado contra él y lo habían crucificado y muerto... ¿Qué

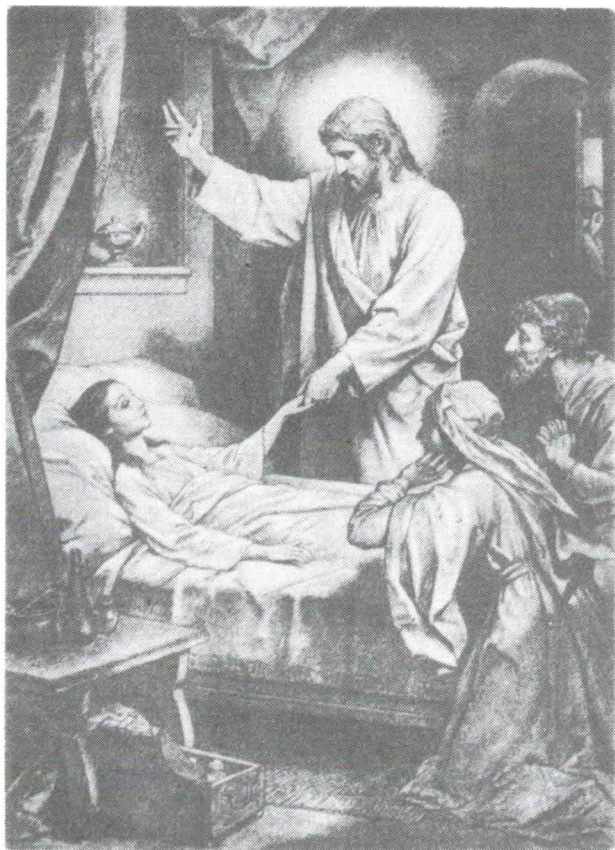
esperar ya? Inútil todo. Se habían equivocado; su fracaso había sido aplastante y decisivo...

Sin embargo, ¡cuánto distaban de la verdad!

Precisamente era todo lo contrario, y ello es lo que más les inculca el peregrino: *O stulti et tardi corde!*, les dice, ¡Oh necios y tardos de corazón para creer las profecías! ¿Por ventura no convenía que el Cristo o Mesías padeciese todas estas cosas para entrar así en su Gloria? Y empezando por Moisés y los profetas, les fué demostrando que así estaba escrito y así tenía que suceder.

Podemos concluir, por tanto, con toda justicia:

Cristo es el Mesías profetizado tantas veces por los videntes de Israel y por cuyo advenimiento habían suspirado los siglos. Cristo es el Mesías, el rey de la Humanidad que impera ya dos mil años sobre la tierra y cuyo imperio será eterno e indestructible; «y su reino no tendrá fin».



«Niña, levántate» (Lc. VIII, 54).

La resurrección de la hija de Jairo.

CRISTO TAUMATURGO

SUMARIO: Los milagros de Jesús. - Su clasificación y categorías. - Las bodas de Caná de Galilea. - El hijo del funcionario real. - El siervo del Centurión. - La hemorroisa. - Resurrección de la hija de Jairo. - El sordomudo. - La mujer encorvada. - La pesca milagrosa. - Liberación de un endemoniado. - El número de los milagros evangélicos. - Prodigios auténticos y divinos

Una de las características más peculiares del Salvador y que mayor admiración causaba a sus contemporáneos fué, indudablemente, su gran poder taumatúrgico.

Su virtud sobrenatural era universalmente reconocida por todos, propios y extraños, amigos y enemigos.

Las turbas corren tras él ansiosamente para presenciar sus milagros, porque «pasaba haciendo el bien, curando toda clase de enfermedades, haciendo andar a los cojos, dando vista a los ciegos y oído a los sordos».

Marta y María se lamentan, entristecidas, de que el Divino Maestro no hubiera estado presente en la enfermedad de Lázaro, porque saben que en ese caso «no hubiera muerto su hermano». Herodes se alegra de ver delante de sí, en la Pasión, al profeta famoso, de quien oyera contar tantos prodigios. Los judíos se sienten llenos de envidia y atribuyen sus milagros «a Belcebú, príncipe de los demonios», o se revuelven ebrios de indignación y deliberan lo que han de hacer con aquel hombre que «hace tantos prodigios»... Y aun en la hora de la crucifixión, no satisfecho su vil apasionamiento con la derrota del odiado nazareno, pasan por delante de la cruz y le insultan soezmente, echándole en cara que: «él,

que a tantos ha salvado, a sí mismo no puede salvarse»...

¡Cristo taumaturgo!

Tratemos en el presente capítulo de este importante tema.

Haremos, primero, un recuento general de los principales milagros evangélicos y luego algunas observaciones sobre los mismos.

CLASIFICACION DE LOS MILAGROS

En dos categorías podemos clasificar los milagros del Salvador, según el objeto sobre que versan: milagros en la *naturaleza* y milagros en el *hombre*. A la primera pertenecen varios de singular relieve y significación: La *tempestad apaciguada*, la *conversión del agua en vino*, las *pescas milagrosas*, las *multiplicaciones de los panes*.

A la segunda, todos los demás, en una inmensa mayoría.

Estos son los más significativos y característicos, y en ellos recorrió el excelso taumaturgo toda la gama de las humanas dolencias: curó doce leprosos; dió vista a seis ciegos; movimiento a tres paralíticos; restituyó la salud a un hidrópico, a una mujer que padecía flujo de sangre y a un hombre que tenía la mano paralizada; a otra mujer encorvada y a muchos otros víctimas de diversas enfermedades; asimismo liberó a varios endemoniados y resucitó tres muertos.

Un breve recorrido nos dará idea de su carácter.

CANA DE GALILEA

El ciclo se abre por lo que el Evangelista consigna expresamente como el primer milagro realizado por Jesús: es, a saber, la conversión del agua en vino, en las bodas de Caná.

Eran los primeros días de la vida pública y poco después de su bautismo en el Jordán; aun no había reunido más que a algunos de los apóstoles, cuando fué invitado, tal vez por

razones de parentesco o de amistad con la familia de alguno de los desposados, a un banquete de bodas. También asistió, por el mismo motivo, María, su madre, y los discípulos allegados ya.

Dice así el relato evangélico:

«Y al día tercero se celebraron unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y como faltase el vino, dice a Jesús su madre: No tienen vino. Dícele Jesús: ¿Qué tenemos que ver tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.

Dice su madre a los que salían: Haced todo cuanto él os dijere.

Había allí seis hidrias o ánforas de piedra, destinadas a las purificaciones de los judíos, cada una de las cuales contenía de dos a tres metretas, unos quinientos litros.

Dícele Jesús: Llenad de agua las hidrias.

Y las llenaron hasta arriba. Díceles Jesús: Sacad ahora y llevadla al maestresala; y la llevaron.

Mas cuando gustó el maestresala el agua hecha vino — y no sabía de dónde era —, aunque sabíanlo los que servían que habían sacado el agua, llama al esposo y le dice:

Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando están ya bebidos, pone el peor: pero tú has reservado el vino bueno hasta ahora.

Este fué el primero de los milagros de Jesús, el cual hizo él en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos.» (Jn. II, 1-11.)

EL HIJO DEL FUNCIONARIO REAL

Fué realizado este milagro poco después del anterior y en el mismo lugar, esto es, en Caná de Galilea.

El favorecido fué, en esta ocasión, un cortesano o empleado real de Herodes, rico al parecer, pues varias veces hace mención de sus criados, y, sobre todo, hombre bueno y afecto al Salvador.

Dice así el texto sagrado:

«Llegó, pues, Jesús, otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había allí un funcionario regio, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. Este, habiendo oído que Jesús llegaba de Judea a Galilea, se fué a él y le rogaba que bajase a sanar a su hijo que estaba para morir. Díjole Jesús: Sino véis señales y prodigios, no creéis.

Dícele el funcionario: Señor, baja antes de que muera mi hijo.

Dícele Jesús: Anda, que tu hijo vive.

Creyó el hombre a la palabra de Jesús y se marchó. Y cuando él ya bajaba le encontraron sus criados, los cuales le notificaron que su hijo vivía; informóse, pues, de ello, sobre la hora en que había sentido la mejoría, y le dijeron: Ayer, a las siete, le dejó la fiebre.

Conoció, pues, el padre que aquella fué la hora en que le dijo Jesús: Tu hijo vive; y creyó él y toda su familia.

Este segundo milagro hizo Jesús nuevamente a su vuelta de Judea a Galilea.» (Jn. IV, 46-54.)

EL SIERVO DEL CENTURION

De nuevo en la ciudad del lago.

«Así que Jesús hubo acabado todas estas palabras a oídos del pueblo, descendió del monte y, seguido de grandes muchedumbres, entró en Cafarnaún.

Un centurión tenía un esclavo, a quien apreciaba mucho, enfermo y a punto de morir, y como hubiese oído hablar de Jesús, envió a él algunos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y diese salud a su esclavo.

Ellos, venidos a Jesús, le instaban solícitamente, diciendo: Es digno de que le otorgues este favor, pues quiere bien a nuestro pueblo y él nos edificó la sinagoga. Díceles Jesús: Yo iré y le curaré. Y Jesús se fué con ellos, y cuando ya estaba no muy lejos de la casa, le envió el centurión unos amigos para decirle:

Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa: por lo cual ni siquiera osé presentarme a ti: sino ordénalo con una sola palabra, y sanará mi criado. Pues también yo, con estar subordinado a la autoridad de otro, tengo soldados a mi mando, y digo a éste ve, y va; y al otro ven, y viene; y a mi esclavo, haz esto, y lo hace.

Oído esto, quedó Jesús maravillado; y vuelto a las muchedumbres que le seguían, dijo: En verdad os digo que ni siquiera en Israel he hallado fe tan grande. Yo os certifico, que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se recostarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob,

en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes.

Y dijo Jesús a los enviados del Centurión:

Id, y decidle: hágase contigo, conforme a como has creído.

Y quedó sano el criado en aquella hora. Y vueltos a la casa los enviados, hallaron sano al esclavo, que había estado enfermo», (Mt. VIII, 5-13; Lc. VII, 1-10).

RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO

«Habiendo Jesús pasado de nuevo en la barca a la ribera opuesta, le recibió la gran muchedumbre, que se había reunido, pues todos le estaban aguardando. Y él estaba junto al mar. Y he aquí que llega uno de los arquisinagogos, llamado Jairo, jefe de la Sinagoga; el cual así que le vió se postró a sus pies y le adoró, y le suplicaba instantemente, se dirigiese a su casa, porque una hija suya única, de unos 12 años, se le estaba muriendo. Decía: Señor, mi hija se va acabando por momentos; pero ven, pon tus manos sobre ella, para que se salve y viva. Y levantándose Jesús se fué con él; siguiéronle también sus discípulos. Estaba Jesús hablando todavía, cuando viene uno de la casa del arquisinagogo, para decirle: Tu hija ha fallecido; ¿a qué molestar ya al Maestro? Jesús, que había oído lo que le comunicaban, respondió al arquisinagogo: No temas; ten fe solamente y se salvará. Y no permitió que nadie le siguiese, sino Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Y llegan a la casa del arquisinagogo, y no dejó que nadie entrase con él, sino los tres discípulos y el padre y la madre de la niña. Todos lloraban y plañían. Ve Jesús el tumulto, los flautistas y la gente que lloraba y daba grandes alaridos; y entrando les dice: ¿Por qué andáis alborotados y lloráis? No lloréis, que la niña no ha muerto, sino duerme. Y se burlaban de él, sabiendo que había muerto. El entonces les dijo: retiraos. Y habiéndolos echado a todos, toma consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que iban con él, y entra donde yacía. Y tomando de la mano a la niña, le dice en alta voz: Talitha qumi; que traducido quiere decir: —Niña; te lo mando, levántate. Y retornó su espíritu y al instante se levantó la niña, pues tenía doce años. Y quedaron sus padres fuera de sí, atónitos de espanto. Y les mandó terminantemente que a nadie les dijese lo que había pasado. Y mandó que diesen de comer a la niña. Sin embargo, la fama de este hecho se divulgó por todas aquellas partes», (Mt. IX, 18 s.; Mc. V, 21 s.; Lc. VIII, 40, s.).

LA HEMORROISA

Este milagro fué obrado por el Salvador cuando se dirigía, rodeado de una gran muchedumbre, a la casa de Jairo.

«Y mientras iba, le seguía mucho gentío y le oprimían. Y una mujer que padecía flujo de sangre, hacía ya 12 años, y que había padecido mucho de parte de muchos médicos, y había gastado con ellos toda su hacienda, y que lejos de ser curada por ninguno, más bien se hallaba peor; como hubiese oído lo que se contaba de Jesús, vino entre la turba, y llegándose por detrás tocó la franja de su manto. Pues decía para sí: si tocare solamente sus vestiduras, seré salva. Y al momento se le detuvo el flujo, y se le secó la fuente de la sangre, y sintió en el cuerpo, que estaba curada de su enfermedad. Y al punto Jesús, conociendo asimismo la virtud que había salido de El, volviéndose a la turba dijo: ¿Quién es el que ha tocado mis vestiduras? Y como todos lo negasen, Pedro y los que con él estaban le dijeron: Maestro, ves que las turbas te oprimen y te estrujan y dices: ¿quién me ha tocado? Dijo Jesús: alguien me ha tocado, pues yo he conocido que ha salido de mí virtud. Y miraba alrededor, para ver quién había sido. La mujer, sabiendo lo que había pasado, y viéndose descubierta, temiendo y temblando, vino y se postró a sus pies, y delante de toda la gente le declaró toda la verdad: Por qué motivo le había tocado, y cómo al instante había quedado sana. Mas El la dijo: Buen ánimo, hija; tu fe te ha salvado; vete en paz y queda sana de tu enfermedad. Y así fué que la mujer quedó sana desde aquel momento», (Mt. IX, 20-22; Mc. V, 24-39; Lc. VIII, 42-48).

JESUS CAMINA SOBRE LAS OLAS

«Cuando fué ya tarde, bajaron sus discípulos a orar, y habiéndose embarcado se dirigieron a la otra banda hacia Cafarnaún, y era ya noche oscura, y todavía Jesús no había vuelto a ellos, y el mar se encrespaba, con el gran viento que hacía. La barca estaba ya en alta mar, agitada por las olas, porque el viento les era contrario, hacia la cuarta vigilia de la noche; cuando habían ganado unos veinticinco o treinta estadios, viendo Jesús que se fatigaban remando, se fué a ellos, caminando sobre el mar; y hacía ademán de pasar de largo. Ellos, viéndole que caminaba sobre el mar, y que se aproximaba a la barca, se alborotaron diciendo: Es un fantasma. Y con el miedo se pusieron a gritar. Porque todos le vieron. Y al punto les habló Jesús: Tened ánimo: soy yo, no temáis. Respondióle Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Díjole: ven. Y bajando de la nave, caminaba Pedro

sobre las aguas, para ir a Jesús. Pero viendo el viento recio que soplaba, temió, y comenzando a sumergirse gritó diciendo: Señor, sálvame. Al instante Jesús, extendiendo su mano, asió de él y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has vacilado? Entonces, le recibieron dentro de la barca. Y así que hubieron subido en la barca amainó el viento. Y los que allí estaban le adoraron diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios», (Mt. XIV, 24-33; Mc. VI, 47-52; Jn. VI, 16-21).

LA HIJA DE LA CANANEA

«Levantándose Jesús, salió de allí, y se retiró a la región de Tiro y de Sidón. Y he aquí que una mujer Cananea, gentil, sirofenicia de raza, cuya hija tenía un espíritu inmundo, apenas oyó hablar de El, salió de aquella comarca, y daba voces diciendo: Señor, Hijo de David, compadécete de mí: mi hija es muy atormentada por el demonio. El no le respondió palabra; y llegándose sus discípulos le rogaban, diciendo: Despáchala, que viene gritando detrás de nosotros. El, respondiendo, dijo: No he sido enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. Y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese, mas no logró quedar oculto. Ella, entrando, se postró a sus pies y le adoró, y le suplicaba que lanzase de su hija el demonio, diciendo: Señor, ayúdame. Jesús le respondió: Deja primero que se sacien los hijos; que no es justo tomar el pan de los hijos y tirarlo a los perros. Ella respondió: Así es, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen o que les tiran los niños. Entonces Jesús, respondiendo, le dijo: Oh, mujer, grande es tu fe, por eso que has dicho hágase contigo como tú deseas; anda, el demonio ha salido de tu hija. Y quedó sana su hija desde aquel momento. La mujer, habiendo marchado a su casa, halló a la niña reposando sobre el lecho y que el demonio había salido de ella.» (Mt. XV, 21-28; Mc. VII, 24-30).

EL SORDOMUDO

«De nuevo, saliendo de los confines de Tiro, se encaminó por Sidón, hacia el mar de Galilea, pasando por medio de los confines de la Decápolis. Y le presentan un sordomudo, rogándole que ponga sobre él su mano. Y tomándole aparte lejos de la turba, introdujo sus dedos en las orejas del sordo, y con su saliva tocó su lengua, y alzando sus ojos al cielo, suspiró y le dijo: Effeta — esto es, ábrete —. Y al punto se abrieron sus oídos y se soltó la atadura de su lengua y habló expeditamente. Y les ordenó que a nadie lo dijeran; pero cuanto más se lo ordenaba,

tanto más y más ellos lo divulgaban, y tanto más se asombraban, diciendo: Todo lo ha hecho bien; a los sordos, ha hecho oír, y a los mudos hablar.» (Mc. VII, 31-37).

EL JOVEN ENDEMONIADO LUNATICO

«Al día siguiente, viniendo los discípulos, vió una gran muchedumbre en torno de ellos, y a unos escribas que discutían con los mismos. Al punto toda la muchedumbre viendo a Jesús quedó atónita y espantada, y corriendo hacia El, le saludó. El les preguntó: ¿Qué discusión tenéis entre vosotros? Y respondiendo un hombre de la turba: Maestro, he traído a ti un hijo mío que tiene un espíritu mudo; el cual, siempre que se apodera de él, le echa por tierra; y al punto se pone el niño a dar gritos y a echar espumarajos y a dar diente con diente y queda rígido; y el demonio apenas si le deja, después de haberlo destrozado. Se lo presenté a tus discípulos y les supliqué que lanzasen el espíritu; mas no han podido. Y cayendo de rodillas y dando voces, dijo: Señor, compadécete de mí, que está lunático y padece lo indecible. Te lo suplico, Maestro; pon tus ojos sobre él, que es el único que tengo. El respondióle diciendo: ¡Oh raza incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de sufrir? Traédmelo acá. Y se lo trajeron. Y así que le vió, luego le sacudió con fuertes convulsiones el espíritu; y echado por el suelo se revolcaba arrojando espumarajos. Preguntó Jesús a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto? El dijo, desde la infancia. Y con frecuencia le arroja ya al fuego, ya al agua, para hacerle perecer. Pero si puedes algo, socórrele, compadeciéndote de nosotros. Jesús le dijo: Si puedes creer, todo es posible al que cree. En seguida el padre del niño, gritando, le decía con lágrimas: Creo, Señor, ayúdame mi incredulidad. Viendo Jesús que crecía el concurso, ordenó terminantemente al espíritu impuro diciéndole: Espíritu inmundo y sordo, yo te lo mando: sal de él y no vuelvas a entrar más. Y dando gritos y causándole horribles contusiones salió de él y quedó como muerto, de manera que muchos decían: Ha muerto. Mas Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se puso en pie, y se lo devolvió a su padre, y quedó sano el niño desde aquel momento.» (Mt. XVII, 14-17; Mc. IX, 13-26; Lc. IX, 37-43).

LA MUJER ENCORVADA

«Estaba enseñando en una sinagoga de ellos un día de sábado. He aquí que una mujer que tenía un espíritu de enfermedad hacía ya dieciocho años, estaba encorvada y no podía absolutamente levantar la

cabeza. Y viéndola Jesús, la llamó a sí, y la dijo: Mujer, estás libre de tu enfermedad, y puso las manos sobre ella. Y al instante se enderezó y glorificaba a Dios. El arquisinagogo, enojado de que Jesús hubiera curado, tomando la palabra dijo a la turba: Seis días hay en que hay que trabajar: en éstos, pues, venid y haceos curar, pero no en día de sábado. Respondióle el Señor y dijo: Hipócritas, cualquiera de vosotros ¿no desata a su buey, o a su asno, del pesebre en sábado, y lo lleva a abreviar? Y a ésta, que es hija de Abraham, a quien ató Satanás hace dieciocho años, ¿no era razón desatarla de esta cadena en sábado? Y diciendo El estas cosas se avergonzaron todos sus adversarios, y todo el pueblo se gozaba en todas las obras que tan gloriosamente realizaba.» (Lc. XIII, 10-17).

EL NUMERO DE LOS MILAGROS EVANGELICOS

¿Cuántos fueron los milagros de Jesús?

Es cierto que los relatados expresamente por los evangelistas son pocos relativamente: de 31 a 38, según se tomen o no como tales siete de ellos.

Pero nos consta que fueron muchísimos más.

Los evangelistas no escribieron todos los mismos, sino unos, unos, y otros, otros y, en general, pocas veces los mismos. No hay más que un milagro que relaten unánimemente todos ellos, a saber, el de la primera multiplicación de los panes; y aun los mismos sinópticos, a pesar de su conocida homogeneidad, no contienen más que once narraciones comunes. Los demás se hallan relatados exclusivamente por uno o, a lo más, por dos de ellos.

Esto demuestra claramente que los autores sagrados, lejos de haber pretendido agotar la materia, como se dice, sacaron del acervo común los que a cada uno más convenían según su gusto peculiar o fin pretendido.

Así lo confirman también numerosas frases repetidas frecuentemente en los mismos Evangelios: «Jesús, escribe San Mateo (IV, 23), recorría la Palestina predicando el Evangelio del reino y sanando todos los achaques y todas las enfermedades del pueblo, y su fama se extendió por toda Siria y le presentaban todos los enfermos; los acometidos de varios males y dolores, y los endemoniados y lunáticos, y los paralíticos, y los curó».

San Juan (II, 22), nos muestra a Cristo haciendo continuos prodigios en Jerusalén ya al principio de su ministerio; y San Marcos nos refiere, asimismo, que durante la breve estancia del Maestro en Genesaret, las gentes de aquel país le traían toda clase de enfermos en sus camillas... y dondequiera que entraba, en las calles, o en las granjas, o en las ciudades, ponían los enfermos en las calles y le rogaban les permitiera tocar la orla de su vestido, y cuantos le tocaban quedaban sanos.

Lo mismo nos asegura San Mateo (XV, 29); que estando junto al mar de Galilea se llegaron a El muchas gentes que traían consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos, y los echaban a sus pies y El los sanó. De manera que se maravillaban las gentes oyendo hablar a los mudos y viendo sanos a los mancos; andar a los cojos y ver a los ciegos, que loaban al Dios de Israel...

No cabe duda, por tanto.

Cristo realizó muchos más prodigios de los que constan en el Evangelio expresamente. Más que por decenas habríamos de enumerarlos por centenares y aun quizás por miles.

Con ellos mostró su poder de Dios, dueño absoluto de las fuerzas todas de la naturaleza y, sobre todo, explayó las en-

trañas de su tierna misericordia con los infortunados de la vida.

PRODIGIOS AUTENTICOS Y DIVINOS

Apuntemos, para concluir, la mencionada nota.

Los milagros evangélicos son divinos: esto es, en sí y por el modo de su realización, propios y exclusivos de Dios: queremos decir: llevan las características, la impronta divina, permítasenos la frase; son obras privativas del que es dueño omnipotente de la naturaleza y hace de ella y de sus energías lo que le place.

Lo hemos podido observar en su lectura.

El autor de los prodigios mencionados no obra, al realizarlos, como un hombre, ni como un santo siquiera, como un mero legado de Dios. Obra con la autoridad suprema, con la omnipotencia absoluta y la independencia que compete al Altísimo: con todo el poder y soberano dominio sobre los hombres y las cosas exclusivos de Dios.

Cristo no ruega, no pide a Dios la concesión de un milagro, sino que impera, manda como dueño...

El contraste entre El y los santos taumaturgos es esencial.

El profeta Eliseo resucita al hijo de la Sulamitis, pero es demasiado manifiesto, por todo el relato escriturístico, que lo ha obtenido de Dios por medio de la oración.

Elías hace que descienda fuego del cielo, que consume en presencia de las tribus de Israel a los 450 sacerdotes de Baal, sobre el monte Carmelo; pero el prodigio es también manifiestamente realizado por Dios, aunque alcanzado por su ardiente súplica.

San Pedro sana, a su entrada en el templo de la metró-

poli de Israel, al cojo que pedía limosna; pero lo hace en nombre y en virtud de «Jesús Nazareno». Todo el pueblo, fuera de sí de asombro, viene corriendo hacia él por causa del milagro efectuado, pero el Apóstol habla a las gentes: «¡Oh, israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto y por qué nos estáis mirando a nosotros como si por virtud o potestad nuestra hubiéramos hecho andar a este hombre?».

Lo mismo acontece a Pablo y a Bernabé en Listra de Licaonia.

«Levántate y mantente derecho sobre tus pies», dice el primero a un tullido, y, al instante, se pone éste de pie y echa a andar. La muchedumbre, estupefacta, les tiene por dioses descendidos a la tierra, y les quiere ofrecer un sacrificio, pero, advertidos de ello, rasgan sus vestidos y rompen por medio exclamando: «Hombres, ¿qué es lo que hacéis?; también nosotros somos mortales, y venimos a predicaros que, dejando vuestras falsas deidades, os convirtáis al Dios vivo que ha creado el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene.» (Hechos, XIV).

Nada de esto se advierte en absoluto en el Salvador.

El obra los milagros, innumerables y portentosos, en virtud propia y como dueño absoluto del poder taumatúrgico.

Al mar embravecido le manda, categóricamente: «Calla, enmudece», y el mar se sosiega instantáneamente. Al hombre que tenía paralizada la mano le dice: «Extiende la mano», y la extiende en el acto. Al paralítico de la probática piscina: «Toma tu camilla y anda». Al hijo de la viuda de Naím: «Joven, yo te lo mando, levántate», y el joven oye la voz del taumaturgo y resucita instantáneamente. A Lázaro le grita, del borde del sepulcro: «Lázaro, sal afuera», y sale el que llevaba ya cuatro días enterrado y había entrado en plena descomposición... El leproso le suplica: «¡Se-

ñor!, si tú quieres puedes limpiarme», y Cristo le contesta: «Quiero».

Con el mismo poder absoluto manda a Satanás: «Sal, in-mundo espíritu y no entres más en él», y el demonio cae por los suelos como herido por un rayo.

Finalmente, a la hemorroísa: «¿Quién me ha tocado?» «¡Señor!, contestan los apóstoles, ¿está oprimiéndote el gentío y preguntas quién te ha tocado? No, dice Jesús: yo sé que alguien me ha tocado, pues ha salido virtud de mí»...

Virtud, poder propio, salido de Jesús; de los tesoros de su omnipotencia; esos son los que realizaron sus bellísimos y estupendos prodigios.

Por eso mismo, porque obraba en virtud y con virtud propia, como dueño absoluto, estaba seguro en cada instante de la realización plena y omnímoda de su voluntad.

No vacilaba ni dudaba un momento.

Lo sabía todo de antemano y lo anunciaba antes de que sucediera con certeza y seguridad...

«Lázaro ha muerto, y me alegro de no haber estado allí para que vosotros creáis», dice a sus Apóstoles, estando distantes de Betania un día de camino e indicando el gran milagro que iba a realizar... y a Marta: «Va a resucitar tu hermano»; y, en consecuencia con ello, consciente, seguro de su poder, manda que quiten la losa del sepulcro y se encara con los despojos putrefactos de la muerte. El que es en frase de San Pablo, «la virtud y la omnipotencia de Dios», y según su afirmación propia: «la resurrección y la vida», y le hace salir de la tumba, recobrada de nuevo y repentinamente la existencia.

VII

CRISTO TAUMATURGO (II)

(*La tempestad sosegada*)

SUMARIO: El lago de Tiberiades. - Ráfagas de tormenta. - «Sálvanos, que perecemos». - «Calla, enmudece». - Cristo, dueño absoluto de los elementos. - Efectos del milagro. - Explicaciones racionalistas

Acabamos de hacer en el capítulo precedente un somero recorrido por los milagros evangélicos.

De propósito omitimos tres que son precisamente los más señalados y característicos, para poder destacarlos debidamente, dedicando a cada uno de ellos su propio estudio.

Esto realizaremos ahora.

Los tres milagros de referencia son: *La tempestad sosegada*, *La curación del ciego de nacimiento*, *La resurrección de Lázaro*.

Comencemos por el primero.

En él se nos muestra Jesús dueño absoluto de las fuerzas y elementos de la Naturaleza, imperando a los vientos y encespadas olas y siendo por ellos obedecido.

Copiemos el texto y comentémoslo con alguna detención, haciendo revivir a nuestros ojos la grandiosa escena.

«En aquel mismo día, siendo ya tarde, les dijo: Pasemos a la ribera de enfrente. Y despidiendo al pueblo, estando Jesús en la barca, se hicieron con él a la vela, y les iban acompañando otras lanchas; levántose entonces una gran tormenta de vientos que arrojaba las olas en la barca, de manera que ya ésta se llenaba de agua. Entretanto, El estaba